

*Siempre ha existido, pues,  
la carta de  
recomen-  
dación!*

á ordenarse de este modo. Juntos un condiscipulo mio y yo hicimos y presentamos nuestros memoriales, pero el suyo fué admitido y no el mio, porque á favor dél habló una persona de respeto, y por mi nadie.

Casi desesperado del suceso, y abrumado con el peso del cúmulo de mis desgracias, resolví abandonar la carrera, y tomar otro giro que me proporcionase la suerte. Hubiera llevado adelante mi pensamiento, si mi padre, sabedor dél, no lo hubiese impedido por medio de emisarios, que me persuadieron á mantenerme en el Colegio, y continuar en la infeliz vida que pasaba.

La causa de ella en mucha parte era una fortuna desgraciada, si puede usarse esta expresion al parecer contradictoria. Se me tenía en el Colegio por algo más de lo regular, á causa de cierta facilidad en silogisar que me había dado el ejercicio, y un poco de expedicion, ó más bien descaro, para las oraciones latinas, pláticas y demás tareas dél. Y esto es lo que yo llamo fortuna, porque en realidad lo es que se tenga de uno algun concepto, mayormente quando no se merece.

Pero semejante reputacion suele ser desgraciada en sus efectos, pues retarda las más veces los ascensos, especialmente en la carrera literaria, en que el amor propio y la emulacion son tan activos. La mediocridad, que ni desperta la envidia, ni evita el desprecio, encuentra por lo comun ménos obstáculos para arrivar y se concilia con más facilidad padrinos.

Yo, aburrido de no encontrarlos buenos, hice de la necesidad virtud, moderando mis deseos, y tomando para lo sucesivo, en ahorro de pesares, la precaucion de no fomentarlos sin bastante apoyo; pues es más fácil sofocarlos en sus principios, que no darles lleno.

Y como parece que no nos acordamos de Dios sino en la aflixion, le dixé en medio de la mia, "tú, Señor, has de ser desde hoy mi solo empeño: no busco ya el favor de los hombres." Se me tendrá tal vez por misticion, pero el caso es, que yo me entregué ciegamente en brazos de la Providencia, y en breve calmó la borrasca de mis desdichas, y comencé á solazarme con la serenidad; así como despues de la tormenta se complace el marinero con el iris que ve estamparse entre las nubes.

APUNTE 6 .

Honor y pesar.

Mi rector, el Dr. Aguilera, compadecido de mí, erigió en mi favor la plaza de Censor ó corrector de las piezas que se trabajaban en la Academia de Buen gusto y bellas letras, que había fundado en el Colegio el Exmo. é Illmo Sor. Fuero. Me hizo previamente, en calidad de exámen, formar una oracion didascálica con el término de veinte y quatro horas, y se me despachó titulo en forma, concediéndome el fuero y honores de Catedrático, con lo que salí de la dominacion del Vicerector que me incomodaba.

Baxando despues á México á graduarme de Bachiller en Cánones, lo primero con que á mi llegada me encontré en el corredor de la casa de mi posada, fué Camila. Me recibió con los brazos abiertos y la misma demostracion que solia ántes de su casamiento, de cuyas circunstancias estaba ignorante todavía, y aun de quién era el novio. Me causó su vista la mayor displicencia y conmocion, y tuve que hacerme violencia, para hablarla con agrado, como exigia la presencia de su madre y hermanos.

A poco rato entró de la calle su digno consorte, hombre de quarenta años, y de ingrata figura. Confieso, me consoló la maligna complacencia del poco mérito de mi contrincante, especialmente quando descubrí despues su corto talento, y ser achacoso, y enfermizo. «No quiero más venganza, decía dentro de mí, ó perñda Camila, que veerte al lado del mismo que me preferiste.»

Ella tentaba hablarme á solas, y yo huía cuidadosamente las ocasiones, hasta que en una, que no pude evitar, con las lágrimas en los ojos me contó, que su madre la había violentado á casarse, movida de la opinion de rico que corria de su marido, y sin que hubiera valido nada su resistencia, aun auxiliada de su padre, á quien no agradaba aquel enlace. El dolor más intenso se apoderó de mi corazon, lloré y maldixé mi fortuna; pero ya había recibido el golpe mortal, Camila estaba ya sacrificada, y entre ella y entre mí se había levantado un muro que nos dividia para siempre.

Aquella infeliz jovencita, víctima del capricho de su madre, conservó en su deplorable situacion los nobles sentimien-



tos de su grande alma. Su carne rehusaba la compañía del hombre que la había tocado por marido, y como ella se expresaba, la ofendian hasta sus pisadas. No obstante, se esforzaba por amarlo y llenar todos sus deberes. «No permita el Señor, exclamaba, que yo viole las sagradas leyes del matrimonio. ¿No te parece, José Miguel, que así es como debo portarme?»

La exorté á no desistir de sus arreglados designios, y ella procuró consolar mi pena, siendo así que yo debería haberlo hecho con la suya, como sobre ella cargó la mayor parte de nuestra comun desgracia. Nos despedimos para siempre é interrumpiendo las voces con sollozos, un nudo á la garganta nos impidió hablar más.

Partí para Puebla, y aun internado ya en la espesura del monte, volteaba todavía la cara, como que esperaba ver á Camila. Toda la nieve de los volcanes que transitaba no era bastante á refrigerar mi pecho. La virtud de aquella mujer angelical me había arrebatado, aun más que ántes su hermosura; pero ya era preciso renunciar hasta su memoria. La dirigí el último suspiro, acompañado del postrer vale: «á Dios, Camila, á Dios.»

APUNTE 7.

Práctica y grado mayor.

Regresado al Colegio, comencé luego mi práctica en el estudio del Licenciado Don Diego Fernández, que era el Abogado más viejo y acreditado de la Ciudad. Dentro de breve una fiebre aguda, que acometió al Dor. Aguilera, acabó con su vida y mis esperanzas de colocacion, pues era el único á quien yo debía buenos oficios. Pero la Providencia, en cuyas manos me había puesto, y de la que estaba olvidado sin duda al apesadumbrarme por la falta del favor de un hombre, dispuso le sucediese el Prevedado Don Juan Nepomuceno Santoloya, hombre de mucho Mundo, y cuya ciencia de gentes se tenía en alto concepto. Este se dedicó á protegerme con el mismo afecto que su antecesor, y con más eficacia como se verá adelante.

En aquella sazón se le vino á la cabeza el borlarse en Teología á un tal Pedro Zalazar, que había sido mi concollega, y

me comunicó su pensamiento, pidiéndome lo acompañase á México, para ayudarlo en sus funciones. No necesitaba yo mucha espuela para emprender semejantes viajes, y así acepté, con la mira de irme á dar un paseo sin costo mio.

Al dia siguiente repitió su visita, y me dixo; «hombre, he pensado que, supuesto vas á México, trates tambien de licenciarte.» Me rei de lo propuesta, exponiéndole las excasceses de mi casa; y que no tenía ni ropa para presentarme, pues aun la chupa que vestia, estaba rota, y era la única.» «Nada de eso importa, replicó, yo te haré un vestido, y te prestaré un par de hábitos de los míos. Por lo que respecta á los costos del grado, puedes juntarlos entre tus parientes ricos, y yo te ayudaré con cien pesos y quanto me sobre de los tres mil que tengo destinados para el mio, y de que es preciso ahorrar mucho por medio de la composicion.»

Comuniqué á mi padre la oferta, quien recorrió en breve á mis deudos, y estos se comprometieron á contribuir con las cantidades, que cada uno se asignó. De ellas unidas á los cien pesos de Zalazar, resultaba completo el corto precio de la licenciatura, con lo que en extremo gozoso consentí en ello. Dentro de un mes, que era el término emplazado, concluí la repeticion y demas que debe uno llevar formado ya, tanto por lo respectivo á mí, como por lo tocante al compañero. Pero ¿quién tal creyera? Dos dias ántes del pactado para nuestra marcha, me salió con que ya no podia ir, por haber enfermado de un fluxó de sangre, en cuya comprobacion me mostró su ropa teñida con la sangre de un pollo, que hizo matar á este fin, segun supe despues.

—¿Qué se yo lo que se le metió en el cuerpo, para manejar-se así! Sería sin duda el Demonio mismo, porque no podia provenir de otro principio semejante diablura, como empeñarme en una empresa, en que yo no pensaba, para abandonarme despues. —Lo cierto es que no cumplió con alguna de sus promesas, y que yo, por haberse extendido por la Ciudad me iba á graduar, estaba precisado á procurarlo, y veía como deshonor y afrenta dexar de hacerlo.

Para ello no me ocurrió otro arbitrio, que partir á mi lugar y, tomando las contribuciones de mis parientes que ya debía tener mi padre colectadas, marchar con ellas á México, y buscar allí remplazo de la cantidad que había faltado, de Zalazar. Mi tia, la madre de Camila, que había ofrecido

*Handwritten notes in blue ink on the right margin of page 37:*  
...  
Sigue la...  
picarosa...  
...  
...  
...



la mayor parte de los gastos, era en quien tenía puestas mis esperanzas. Para poner por obra mi pensamiento, me trasladé al punto á Sn. Felipe.

APUNTE 8.

Continuacion de lo mismo.

*muy bien!*

¿Qual seria mi afflixion al llegar á casa? En lugar del dinero de mis parientes, que me suponía ya junto, no me encontré sino con excusas de unos, y cartas de disculpas de los ausentes, reduciéndose toda su contribucion á seis pesos que me dió uno de los ricos. y diez uno de los pobres, Mi padre, que veía el lance con los mismos ojos que yo, juzgándolo de honor, apuró sus arbitrios y malvaratando quanto pudo, me acopió trescientos y pico de pesos, contando entre ellos una carga de mantas que debía yo vender en México.

*Tal vez aquí se inspiró don Miguel Hidalgo; pero él no se remontó.*

*Sigue Guzmán de Alfarache.*

Con esto me fui á dicha Ciudad, resuelto, caso que la tia no me franquease el resto que no baxaba de quinientos pesos á meterme en un juego hasta completarlo, y perdido el capital, remontarme tierra adentro, léjos de los países en que era conocido. Un clérigo paisano me prestó sus hábitos, y no llevé por fin más vestido que el distraido con que me rehusaba de la empresa, quando me persuadió á ella Zalazar.

¡Qué amarguras, qué sozobas, qué bochornos los que tube que pasar! Yo mismo, contra mi genio y nada versado en semejantes ocupaciones, anduve por el Parián vendiendo las mantas, y por las tiendas buscando el papel y cera más baratos. En cada paso de estos sentía encenderme la cara arrojando por ella fuego, y no osaba levantar los ojos del suelo. Tampoco me atrevia á expresar á la tia la cantidad que me faltaba, porque se me volvian las palabras adentro quantas veces lo emprendía; y de este modo me prolongué yo mismo la afflixion, cuyo tamaño sólo pueden graduarlo los que me conocen, y saben lo raro de mi carácter en estas materias.

Entretanto, fui evacuando las funciones previas á la noche triste, pidiendo para sus costos á mi tia de la cantidad que llevé y puse en su poder, y no la dixé lo que me faltaba, hasta que ella me lo preguntó ya en las apuradas, quando el Vedel de la Universidad me instó á su presencia por el depó-

sito. Me faltaron voces para darla gracias y aplaudir la generosidad, con que aprontó al punto el dinero necesario, quitándome del corazon una peña que me impedia respirar.

Los más me pronosticaron una aprobacion total, que llaman *nemine*; pero llegado el exámen, conocí que no eran profetas, porque saqué una R, de que maldita la pena que tube, y si demasiado gozo de recibir el grado de Licenciado. Fué tanto mayor quanto más distante estaba este de mis pensamientos y proporciones, y quanto mayores habían sido mis fatigas para obtenerlo.

Estando todavía en México detenido por una fuerte fluxion de que me resultó despues me abrieran un carrillo, cuya señal conservaré hasta la resurreccion de la carne, recibí una carta de mi Rector, escrita desde Xalapa. Se hallaba allí acompañando al Illmo. Sor. López Gonzalo, que desde aquella Villa esperaba la sazón de embarcarse para España, á servir la Mitra de Tortosa, á que había sido promovido. La carta se reducía á decirme, estaba vacante en el Colegio la Cátedra de Ruedas de Filosofia (que así llaman lo que en otras partes Maestria de Estudiantes) para la que había escrito en mi favor á los Gobernadores del Obispado, y concluía con esta expresion: «no se si como Ud. es desgraciado, llegaremos tarde.»

*(!?)*

La carta llegó oportunamente, pero el sugeto, á quien se dirigió para que la pusiese en manos de los Gobernadores, no obstante ser mi amigo, la retubo por dar tiempo á que hiciese sus gestiones un ahijado suyo, quien con efecto obtuvo la Cátedra. Así lo supe á mi regreso, pero callé, sin que hasta ahora haya dado la queja á aquel amigo, á quien amo con verdad, conociendo fué un efecto de mi desgracia que, verificando los temores de mi Rector, ya que no pudo retardar la llegada de su carta, retardó su recibo, el que sin duda hubiera tenido efecto, á verificarse en tiempo.

*por eso la retubo: sólo los amigos hacen esas cosas. —*

APUNTE 9.

Cátedra de Filosofia.

Año de 1787.

Restituido al Colegio dentro de breve el Rector, y condolido de mí, «hemos de veer, me dixo, si su desgracia de Ud. es mayor que mi eficacia.» Me confirió al punto un ramo de



capellania vacante de que era Patrono, se despojó del honor de Examinador de los Juristas, para lo que lo habian nombrado los Gobernadores, haciendo á estos romper su decreto y firmar otro en que fui yo puesto en su lugar, «y pierda Ud. cuidado, me expresó, que en el año escolar, cuyo principio se acerca, ha de ser Ud. sin dar un paso, el Catedrático de Filosofia á pesar de su suerte.»

Ella habia sido hasta entónces decididamente infausta, reputación que se tenía grangeada en el concepto de todos. Tubo que pelear á brazo partido con ella mi Protector, y que arrostrase á mil obstáculos. Como un Gobernador es más accesible que un Obispo, y además se avisan á todas las esperanzas en un gobierno nuevo, se multiplicaron en aquel año los candidatos, los que más que nunca pusieron en movimiento las mayores máquinas y resortes.

Yo, que observaba desde la orilla aquel revuelto mar de pretendientes, llegué á desmayar; pero en la borrasca es quando se experimenta la destresa de un Piloto. El mio dió entónces una prueba señalada de la suya, y no sólo venció las dificultades, sino que fué personalmente á la Secretaria, á que extendieran en mi favor el nombramiento los oficiales, de quienes no se despegó hasta su conclusion, y pasó á recoger las firmas, concluyendo con llevarme la nueva.

Me fué muy plausible, ya por no haberme costado paso alguno, ya por ser un verdadero triunfo en las circunstancias de los muchos y poderosos contrincantes, ya principalmente por lo bien que fué recibida de las gentes. Las expresiones de parabien no fueron las comunes de estilo, se agruparon á mi aposento los Colegiales, cuyas demostraciones me dieron á conocer la sinceridad de sus deseos de mi colocacion, y no hubo Colegio en la Ciudad, donde no se alborolasen muchos para abrir el curso, aun retrocediendo algunos que ya habían comenzado la Filosofia.

Esta satisfaccion borró mis pasadas amarguras: enjuagué las lágrimas, y con indecible gozo veia cada dia venir de todas partes á inscribirse en el nuevo curso. Le di, pues, principio en 18 de Octubre de 1787 pronunciando la oracion con que se abren las escuelas y llaman *Inicio*. La aplicacion con que me dediqué á él, era igual al cariño que tomé á mis amantes discipulos, y á la alegría que me ocupaba al ver desmentida mi suerte.

(?!)

*for the  
: better  
: things  
: were  
: done  
: in  
: 1787*

¿Cuál deberá ser mi reconocimiento á la mano benéfica que me dispensó tan gran beneficio? No permita el Cielo que yo jamás olvide á mi Protector. Su nombre me será siempre agradable y dulce su memoria. Mi gratitud durará mientras viva, pero no la termino á él solamente, la elevo á divina Providencia á que me entregué y de que él fué un instrumento visible.

*bien.*

APUNTE 10.  
Variacion de fortuna.

En el primer año de mi curso formamos en mi vivienda una Academia, que nombramos de entretenidos, porque pasabamos agradablemente una parte de la noche con las piezas sobre diversas materias, que se mandaban formar á las Academias. Me tocaron, entre otras de menor consideracion, una novela, y un elogio del Illmo. Sor. Abreu.

Fué ésta mi primera composicion del genero exornativo; por que no merecen atencion alguna las pláticas y oraciones de Colegio, que no son sino ensayos de muchachos, ó como los pininos de un Predicador, y por lo mismo unos mamarrachos las más veces. Me propuse en él imitar en lo que pudiera el elogio de Felipe V del famoso Dr. Conde, de quien adetante tendré bastante motivo de hablar.

En aquel mismo año arribó á Puebla su nuevo Obispo, el Illmo. Sr. Dor. Dn. Santiago Echeverria, trasladado de la Habana. La descripcion de su entrada y viaje desde aquella Isla se mandó formar á un sujeto literato; pero varios de los de mi Colegio instaron á que en nombre del trabajase yo otra. Lo exercité en efecto en un romance endecasilavo, que tuvo la dicha de no parecer mal al Prelado, quien hizo sacar diversas copias que remitió á su patria.

Era en realidad acreedor á que todas las plumas se empleasen en su obsequio, como que recopilaba en sí las más relevantes prendas, A un nacimiento ilustre y un patrimonio opulento unia una generosidad sin límites, un noble señorio hermanado con la dulzura y la urbanidad, un discernimiento vivo y penetrante que no daba lugar al engaño y adulacion, una literatura vasta, unos talentos del primer orden, y una integridad sin igual, que lo hacia buscar en todo la justicia y el mérito desatendiendo aún la qualidad de doméstico suyo, quando ella se separaba de aquel.

*W*



El pontificado de un Principe tan completo hubiera becho feliz á su Diócesis, sino hubiese sido tan corto, que apenas tubo tiempo para aquella variacion y trastorno indispensable en una reforma, qual él intentaba hacer en los Colegios; lo que fué origen de que para algunos amantes de sus inveteradas corruptelas, no sea muy grata su memoria.

Para mí sera siempre tierna y respetable, como que experimenté los efectos de su beneficio. y fui testigo de sus acertadas máximas y gobierno. No es poca prueba de ello lo acaecido conmigo luego en los principios de su pontificado, con ocasion de haber hecho entónces mi primera oposicion á Canongias en concurso á la Magistral, que llevó el Prebendado Dor. Don Juan Vicente Bernal. Mi edad era de veinte y quatro años y no tenia orden alguna, circunstancia que llamó la atención en mi sermon, y que desde luego fué la que me vió al Dor. Conde, para darme un parabien extraordinario y alabárselo al Prelado.

No necesitó de más para llamarme al punto, dándome en premio una capellania de tres mil pesos, y haciéndome tan honrosas expresiones, que los Canónigos mismos y los primeros personajes comenzaron á mirarme con distincion, y á prodigalizar sus demostraciones afectuosas. Hubo quien, sin haberme hablado nunca, fuera á dar las gracias al Obispo, expresándole era interesado en mi bien, por lo mucho que me estimaba.

No me desvaneció la elevacion de mi fortuna. Habia yo experimentado demasiadamente sus rigores, y era muy repentina su mudanza, para no temer sus baybenes. Poco ántes no me hacian aprecio, y ni me conocian siquiera los personajes que me agasajaban ya, como si hubieran pasado muchos años de comunicacion. Estaba además muy visible la causa de su súbita estimacion, que era haber expresado el Prelado, queria dar en mí una prueba de que premiaba el mérito, engrandeciéndome hasta donde alcanzase su poder.

Quedé absorto al experimentar lo que era el Mundo, y no podía olvidar la sentencia de Ovidio: mientras seas feliz, tendrás muchos amigos; pero te abandonaran en el tiempo de la desgracia. En efecto, la prosperidad es como el Sol que nace, y los más de los hombres como los girasoles que sólo se inclinan hácia donde la veen.

### LEGAJO 3.

#### APUNTE 1.

##### Dor Conde.

Despues de los actos de Lógica, en que me dieron honor mis discipulos desempeñándolos con lucimiento, pasamos á la Metafísica, leyéndoles una y otra parte de la Filosofía por el curso de Goadin, segun la ley del Colegio. Hubiera continuado de la misma manera en la Física, si al principio de aquel año escolar no hubiese entrado de Rector y Regente de estudios el Dr. Dn. Francisco Xavier Conde y Oquendo, á quien debí eximirme de una observancia en la realidad gravosa para mí.

Era aquel hombre uno de los mayores literatos del siglo y honor de la Nacion. Hizo la carrera de sus estudios con tanto lucimiento en su patria la Habana, que á los veinte y un años de edad fué hecho Presidente de las Conferencias del Clero. Era ambidextro, profesando la Teología en que se graduó de Doctor, é igualmente la Jurisprudencia, siendo Abogado de las Audiencias de México y Sto. Domingo, y Promotor Fiscal del Obispado de la Habana, título que se ganó en premio de un sermon, asi como en otro una capellania.

Pasó á Madrid por los negocios de su obispo en calidad de su apoderado y dió allí señaladas pruebas de su elocuencia. Predicó con aplauso uno de los sermones de la tanda quarresmal del Consejo de Indias, asignándolo el Ministro que lo era el Marques de Sonora, por haberlo oído con admiracion en la Habana de regreso de la visita de ese Reyno.

Lo que es más. Habiendo la Academia Española declarado que, de quantas piezas se habian presentado en elogio de Felipe V, ninguna era digna del premio, por no estar conformes á las reglas, difirió aquel para el año siguiente. Y temerosa de que se repitiese el suceso mismo, que hacia poco honor á la Nacion, se apartó de la oferta del primer cartel d